

Palm en palma.

Cuando la Palm se adueña de nuestros ojos.

Virginia Abello
Universidad Nacional de Río Cuarto

Llegó una Palm a mis manos; esos aparatitos nuevos, grises, del tamaño de un libro de bolsillo. Dicen que puede contener una cantidad impresionante de libros, muchos más de los que un Jorge Luis puede leer en su vida. Y además de libros puede guardar otras cosas: fotos, música, videos; y tiene otras funciones: Internet, word, juegos.

La Palm viene a tapar la boca de todos aquellos que, en el debate entre el libro y las nuevas tecnologías, critican de la lectura en pantalla que ésta los obliga a una posición rígida sobre la silla y que no les permite leer en cualquier lado sino sólo donde esté instalada la compu. Estas dos ventajas del libro sobre la lectura en pantalla “fija” hacían que el primero tuviera las de ganar, pero llegó la Palm para complementar a la pantalla “fija” y complicarle la existencia al libro (más que al libro, a sus admiradores). Incluso, otra queja corriente de la resistencia a las nuevas tecnologías que es la de que “los ojos arden” después de estar horas frente a “la pantalla resplandeciente, fría y vacía” no noté que tuviera fundamento en el uso de la Palm (y por cierto, en el caso de la pantalla “fija”, con un buen monitor y una configuración adecuada, tampoco produciría “ardor en los ojos”).

Mi convivencia con la Palm fue de lo más agradable. La llevé conmigo siempre, fuera a donde fuese. Leía caminando (tengo esa costumbre), en el colectivo, esperando las fotocopias, en los recreos, y la maravillosa noche tormentosa en que se cortó la luz. Además de la posibilidad de llevarla a cualquier lado y de la libertad de postura que tenemos en la lectura con Palm (cosa que con muchos libros viejos y frágiles o inmensos y pesados no se puede hacer), ésta supera al libro en el aspecto físico/comodidad, ya que es más chica y liviana que la mayoría de los libros y además puede sostenerse únicamente con una mano (incluyendo los dedos de esa mano para apretar los botones a fin de elegir las lecturas y hacer que el texto transcurra).

Otros aspectos superadores del libro es la cantidad de textos que pueden tenerse en un espacio tan pequeño (especialmente si uno se va de vacaciones o debe dar una clase partiendo de muchas obras) y sobre todo, la cantidad de textos que sólo se consiguen (sobre todo en una ciudad pequeña como Río Cuarto) vía Internet. Tres claros puntos a favor para la tecnología digital: lo cuantitativo, lo extensivo y el fácil acceso. Otra ventaja, importante para los compradores compulsivos de libros o para los que pretenden serlo, es la cuestión monetaria: por el precio de la Palm, todos los libros del mundo.

Si bien la Palm precisa electricidad para cargarse, una vez cargada puede usarse para leer de noche en medio de las sierras, cuando se corta la luz o sin estorbar al que duerme al lado prendiéndole el velador. Situaciones donde el libro tiembla de impotencia porque no hay ojo que lea en la oscuridad (y para los que argumentan “prender una vela y listo” que no vengan a quejarse del ardor en los ojos por culpa de la pantalla, ya que según se dice leer a luz de vela no es muy bueno). Están los que

apocalípticamente aducen que cuando no queden recursos energéticos, la Palm y el resto de sus parientes serán totalmente obsoletos. Y hasta que eso suceda... ¿cuántos más árboles vamos a seguir cortando y cuántos más bosques destruyendo en nombre de nuestro capricho por el papel?

Una desventaja le encontré a la Palm: es muy difícil leer cuando el sol da de lleno en la pantalla. Particularmente me molestaba cuando leía caminando ya que alternaba mi lectura según las sombras de los árboles. Aún así, creo que se trata de un defecto tecnológico que puede fácilmente solucionarse si los técnicos se lo proponen. Aprovecho para advertir que, en las comparaciones entre la lectura de papel y la lectura digital, es necesario no mezclar las desventajas que puedan tener una u otra con los obstáculos de casos aislados, por ejemplo: no poderse concentrar porque los chicos del ciber hacen ruido no es una desventaja de las nuevas tecnologías, tampoco lo es que se tilde la compu porque es vieja ni que no pueda bajar el archivo porque no sé usar bien Internet. Esas no son desventajas de las nuevas tecnologías. Un libro puede tener errores de ortografía o le puede faltar una hoja, o puede estar mal impreso y los renglones con su sombra me producen dolor de cabeza. El caso es que la técnica de la edición y de la impresión tiene muchos años y se ha ido mejorando, hasta el punto de que es difícil encontrar este tipo de desperfectos. En cambio, la tecnología digital tiene poco tiempo de vida, y el hecho de que evolucione rápidamente no nos da tiempo para cambiar los aparatos y adaptarnos a las nuevas formas de manera instantánea, por eso es que aparecen más obstáculos en esta área. Aún así, hay quienes lo consideran una desventaja de las nuevas tecnologías; yo creo que más bien es la exigencia que imponen para ingresar a su mundo: los recursos materiales y cognitivos. Mientras no tengamos los materiales adecuados y los conocimientos suficientes para utilizarlas, la resistencia y los prejuicios van a seguir estando.

Quizás lo más interesante de pensar con respecto a la lectura en la Palm tiene que ver con el modo de leer: si es igual o distinto a cómo leemos un libro, y también si es igual o distinto a cómo leemos en la computadora. Empecemos reflexionando sobre estos dos formatos. Hagamos una generalización y pensemos en dos tipos de lectura: *una lectura lineal* (de principio a fin, sin volver a algunas partes del texto para releer, sin buscar otros textos relacionados) y *una lectura de ida-vuelta* (releyendo, relacionando distintos elementos, leyendo de otras fuentes). Tanto el libro como la computadora admiten una lectura lineal si uno decide ponerla en práctica, pero también, el libro permite una lectura ida-vuelta (la cantidad de párrafos que muestran las dos páginas que uno tiene en frente ayuda para la relectura, es fácil volver atrás a la hoja que uno marcó como importante, se puede picotear a la vez de otros libros que anden alrededor) y la computadora, y sobre todo Internet, permite la exageración de la lectura ida-vuelta que es el *hipertexto* (toda la información disponible, muchas ventanas abiertas al mismo tiempo, posibilidad no sólo de leer sino de escuchar música y ver imágenes y videos, riesgo de perderse entre tanta información).

La Palm sólo permite la lectura lineal. La pantalla es muy pequeña, muchas veces no entra ni siquiera el párrafo entero que uno está leyendo (¡cómo hacemos para que entre completa una oración de Proust o de Cervantes!), y la principal forma de movernos por el texto es con la lentitud de la flechita que baja o sube (existe otra función en la Palm que es el buscador de palabras; dicha función colaboraría con una lectura de ida-vuelta, pero al no ser muy cómoda, rápida ni eficiente no es muy usada). Incluso frente a la lista de lecturas o autores, después de entrar en tres o cuatro uno no intenta más porque hay que esperar unos minutos desde que uno aprieta hasta que aparece el archivo. En estas condiciones, se hace difícil volver atrás y encontrar aquel fragmento que queríamos releer y hasta nos da fiaca retroceder sólo un poco atrás para

entender mejor el párrafo que venimos leyendo. Es como ver una película: aunque no entendamos nada seguimos viendo, quizás se aclare más adelante, pero a ninguno se le ocurre decirle al que pone la peli en el cine que retroceda porque no estamos entendiendo. Cualquier cosa la vemos de nuevo; y con los textos también, los leemos de nuevo. Quizás sea más fácil en la Palm releer el texto entero una vez terminado que releer partes a medida que se hace la primera lectura.

Porque esa es otra característica de la Palm: **llama a leer**. Es tan fácil prenderla y dejarse llevar. Cuando estás en la mitad de un texto, al prenderla, te sitúa exactamente donde dejaste y allí retomas. Si uno va adquiriendo el hábito de leer en cualquier lado, puede que la prenda siete u ocho veces al día, por lo que el hilo de lo que uno está leyendo no se pierde nunca y no hace falta volver atrás para entender, porque ha estado leyendo hace sólo unas pocas horas. Además, todos los archivos son iguales, difieren sólo en las palabras y quizás en detalles menores (tipo de letra, color), por lo que no hay ningún tipo de ritual de comienzo ni nostalgia de final de cada texto. Al terminar un texto, pasamos inmediatamente a otro, tal vez relacionado (mismo autor, mismo género) o no con el anterior, pero sin ningún ademán de dejar el libro ya leído en la biblioteca y sonreírle como en una despedida. La Palm no nos permite detenernos en los rituales de comenzar o terminar con un libro, **con ella sólo valen las palabras**, las voces que nos susurran al oído sin dejarse grabar pero dibujando ecos en nuestra mente.

Muchos argumentan en contra de la Palm con un simple “pero no es un libro”. Recuerdan la alegría de conseguir cierto libro en la biblioteca; hablan de tocar, acariciar, abrazar; lo llaman su “compañero”, lo huelen, le alaban la amarillez de sus páginas; lo sienten cercano al autor, casi como si él lo hubiera escrito o hubiera estado al menos vigilando su nacimiento mientras la máquina lo imprimía. Pero, además de que eso no suceden ni por cerca, yo me pregunto: ¿no estorba acaso tanta materialidad?

Perdemos tanto tiempo eligiendo el libro que queremos leer: que el número de hojas, que la tapa dura, que la foto de la portada. Nos obnubilamos en ensoñaciones románticas frente a esos objetos tan cargados de significado: de una época de cuando surgieron y fueron muy importantes y temidos hasta la censura, de hombres y mujeres que admiramos y que vemos en fotos rodeados de ellos, de países que los han usado como medio de transmisión de la cultura. Son símbolo adueñado de un período de la humanidad, de un conjunto de ideas pensadas, de personas con mucha inteligencia y pasión, de ciertas culturas. Nos gusta llevar un libro en la mochila, tener una pila en la mesita de luz, sentarnos en un banco con uno de ellos. Nos sentimos importantes, parte de la vieja historia del libro. Pero la historia es vieja, y la carga simbólica del libro es tan densa que ya no tiene lugar para nosotros. El formato libro es un fetiche viejo y gastado.

Toda esa materialidad extra estorba. Los libros son caros y si los compramos es para leerlos; no nos permitimos dejarlos a la mitad aún estando meses dando vueltas. Terminar con un libro es difícil; no puede ser que todo ese objeto que ocupa un lugar en mi biblioteca ya haya sido usado y quede ahí para “alguna consulta”. La materialidad es tanta que al terminar un libro sentimos que hemos realizado una gran hazaña y nos dormimos en los laureles: sólo queda el ala derecha del estante. Terminar de leer un archivo entre dos mil que tengo en la Palm sólo nos escupe en la cara la infinidad interminable de palabras que existen y entonces seguimos con otro. No es lo mismo andar por ahí con un libro que con una Palm; el primero nos da una imagen de joven intelectual/erudito/creativo y la Palm ¿joven posmoderno, quizá? Pero ¿por qué estamos hablando de apariencias si lo que importa es lo que se lee, las palabras? Justamente. Si lo que importan son las palabras, no importa cuál sea el formato. Pero he aquí el

problema: **el libro comienza a estorbar a las nuevas palabras**, les agrega un peso y una carga significativa que es retrógrado sostener hoy en día.

Los libros traen inevitablemente un ritual: los compramos o nos los regalan, cuestan dinero (puede ser mucho hoy en día) y los empezamos a leer, tocando sus páginas, agarrando la tapa, y nos cuesta meternos en la lectura porque seguimos hipnotizados por esa forma simbólica del libro, por todo lo que significa, por las tantas personas que han tenido libros en sus manos, por pura sensiblería. Lo que importan son las palabras, las ideas, las emociones que se entretajan entre las reglas rotas de la sintaxis, pero nos cuesta sumergirnos en ellas porque el libro nos estorba, nos asusta la cantidad de páginas, nos molesta la tierra sobre la tapa, o simplemente disfrutamos imaginándonos cómo nos ve la gente sentaditos con un libro en la mano en vez de leer y ser palabras. La Palm y la lectura en pantalla nos liberan de ese pasado gastado de gente que ha leído libros a la luz de las velas, nos libera de ese fetiche romántico, nos deja solos con las palabras. Es casi como conversar con uno mismo en un día en que se está ingenioso. Así, liberada de prejuicios, sin materialidades molestas, **sola con las palabras**, pienso que puedo leer más cosas, más tiempo y más veces.

No estoy diciendo que haya que quemar todos los libros o dejar de producirlos. El libro no desaparecerá todavía porque es necesario en todos aquellos sectores donde las nuevas tecnologías son aún impensables e incluso en aquellos lugares donde el acceso no es completo ni para todos los habitantes. Sólo podrá desaparecer como objeto útil cuando todos los habitantes del planeta sean alfabetizados según el sentido amplio de la palabra y tengan acceso a la mejor tecnología (situación que está lejos por ahora de ser alcanzada). De todas maneras, la muerte del libro no es mi deseo, quizás sí lo es la del fetichismo inútil, la personificación, la divinización del objeto. Si en última instancia no es más que una tecnología, una copia de copias, ni escrita ni olida ni vista de lejos por el autor. No es más que un encuadre forzoso para las palabras, ¿por qué nos hemos acostumbrado a leer un poema que empieza en una página y termina en otra? ¿cómo se vería ese poema de Gironde que tiene la forma de un hombre si la cabeza estuviera en una página y el resto del cuerpo en otra?

Volviendo a la Palm y a su impuesta lectura lineal, muchos aducen no entender, no poder concentrarse o realizar una lectura superficial. ¿Por qué una lectura lineal sería superficial? Yo no hablo de leer rápido, no es lo mismo leer de corrido que leer corriendo. Leamos lentamente de principio a fin, o rápido si el texto lo exige: **la velocidad impone el texto, no el formato**. La lectura lineal no admite volver atrás para releer (volviendo al ejemplo de la película: ¿a alguien se le ocurre retroceder porque no está entendiendo o porque captó cierta relación con un elemento anterior?). Ese factor no me parece indispensable, incluso, pienso que sería un buen ejercicio de la memoria.

En este sentido es que la Palm **se acerca mucho a la oralidad**: esa cadena que sólo puede tener pausas pero nunca retrocesos. En la oralidad tenemos esa sensación de que las palabras se van, de que son fugaces, de que el sólo hecho de mencionarlas las dispara hacia el abismo del cual la única salvadora puede ser nuestra memoria. Y así, en la oralidad, ponemos en práctica la memoria y también nuestra propia subjetividad, porque no recordamos literalmente como una grabadora sino que recordamos aquello que queremos o que por alguna razón desconocida quedó de alguna manera en nuestra mente. En la Palm es igual: podemos hacer pausas pero nos da fiaca retroceder, preferimos seguir leyendo. Tenemos ese sentimiento de que las palabras se van, de que una vez leídas ya no las volveremos a leer, de que no nos pertenecen. Y lo único que queda es la huella de ellas en nosotros, su eco en nuestra memoria, la manera en que nos transformaron y esa impotencia por no poder asirlas como al viento que trajo por un

instante olor a asado hacia nuestras narices que seguimos en vano levantando en busca de que se repita el aroma.

Con la lectura lineal, la Palm nos obliga a practicar la memoria, a prestarle más atención a lo que nos quedó después del paso por el texto que a las palabras literales y a realizar en muchas ocasiones una segunda lectura (ya que ella “llama a leer”). Todas esas relaciones que no hacemos en concreto porque es una lectura lineal sí las realizamos en nuestras cabezas (en nuestras mentes relacionamos todos los elementos del texto e incluso realizamos relaciones intertextuales y contextuales), tal cual en la oralidad.

Con los “libros” digitales, la Palm **nos libera de prejuicios** de autor o género (o peores aún, como de editorial). Todos los archivos son iguales. Da lo mismo leer un autor canónico o uno de provincia; su competencia estará en el nivel de las palabras. Incluso, lo que se lee está en igual formato que lo que uno mismo escribe (podría haberlo escrito yo). ¿Qué consecuencias puede traer ello? Un acercamiento a los textos, un grado más de participación, una voz que se levanta con más fuerza y se ingresa en la cadena dialógica de enunciados. Todos tenemos derecho a una voz, y es fantástico que todas las voces se muestren iguales y en archivos ordinarios de word o pdf y que luego se diferencien y resalten unas sobre otras en el nivel de las palabras. Porque en fin, son éstas las que importan.

Como ya hemos dicho, la Palm llama a leer, hace que uno lea más cosas, que al terminar un texto vaya directamente a otro, que pueda leer dónde y cuándo sea. Se está imponiendo un *nuevo modo de lectura* (al menos entre los que leen) que abarca una **cantidad ilimitada de textos varios** (canónicos y no canónicos) leídos sin muchas vueltas, de manera que lo que queda en los lectores son reformulaciones propias de lo leído y las transformaciones que la lectura ha operado en ellos (mucha mayor posesión que la palabra impresa en algún rincón). El *viejo modo de lectura* está relacionado con la lectura repetida de una cantidad de libros hipercanónicos, lo que da como resultado las citas de memoria, la repetición de ideas ajenas, la convivencia con personajes archiconocidos y conclusos, la mimetización con el autor, la mitificación de lo escrito, y tantas otras manifestaciones típicas de intelectuales modernos.

No podemos dejar de hacer la correspondencia entre viejo modo de lectura - libro y nuevo modo de lectura – Palm (y parientes). Y no podemos dejar de elegir el nuevo modo de lectura (aunque en realidad no lo elegimos, no podemos escaparnos). Evidentemente, el nuevo modo se impone porque para ello cooperan las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. La cantidad de cosas escritas (publicadas oficialmente o no) y el fácil acceso a ellas nos impone este modo de lectura para el cual no nos alcanzan los ojos y las horas del día para “estar al día”. Y ¿qué lugar puede tener el libro bajo estas exigencias y estos nuevos modos de leer, de ser y de estar en el mundo hoy? ¿Acaso podemos comprarnos los libros nuevos que salen con el precio que tienen? ¿Cómo hacemos para conseguir aquellos no tan conocidos, o no traducidos, o no publicados? ¿Dónde colocar todos los libros que vamos leyendo?

No están mal ni bien los distintos modos de leer, pero hay uno que ha quedado atrás y otro que es exigido por la coyuntura histórica en la que nos vemos inmersos. Ambos generan distintos procesos cognitivos en los lectores, y creo que este nuevo modo de leer precisa de lectores más complejos y rápidos, más comprometidos y protagonistas de lo que leen. De la misma manera, la lectura lineal que ofrece la Palm también exige de un **lector avisado, atento, rápido, capaz de establecer relaciones intramentales** entre lo que lee y los elementos que habitan su mente (lo ya leído, otros textos, experiencias, suposiciones). El hábito de la lectura lineal (no superficial) complejiza nuestros procesos cognitivos. El lector experto que hoy en día se demanda

debe contar con la capacidad de distinguir qué sirve y qué no, con libertad y responsabilidad de elegir, con apropiación y producción, sin prejuicios, con diferentes formas de leer, con la habilidad de utilizar cada forma de lectura según el texto y el contexto. Con ganas, con pensamiento de hipertexto, con zambullidas en la palabra.

Así que, computadora, red y palm en palma... Salgamos a caminar.